

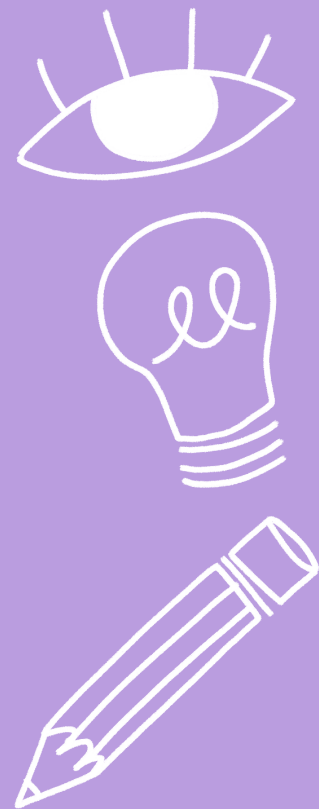
Informar para Transformar

"A ti te queda mejor"

Cuando la incompetencia
se convierte en una
estrategia de poder.

de un
hombre





Autoras:

Anna Buhl – Antropóloga cultural, voluntaria.

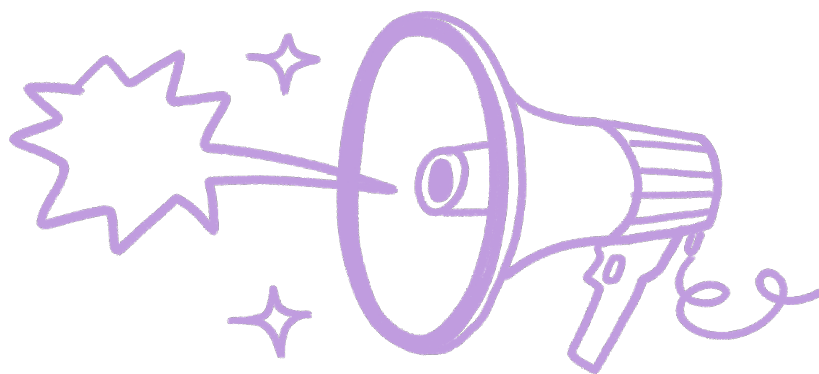
Joselyn Pispira – Gestora de Conocimiento e Investigación.

Edición: Nadya Donoso – Gestora de Comunicación Estratégica.

Alisa Pincay – Ilustradora y Diseñadora Gráfica.

Palabras claves: *incompetencia estratégica, ética del cuidado, desigualdad de género.*

Cita: Buhl, A., & Pispira, J. (2026). "A ti te queda mejor." Cuando la incompetencia se convierte en una estrategia de poder. *Boletín Feminismo y Evidencia: Informar para transformar*. CEPAM Guayaquil.



Presentación

Desde el Centro Ecuatoriano para la Promoción y Acción de las Mujeres, una organización social feminista con más de 40 años de trabajo en la atención integral y especializada a víctimas y sobrevivientes de violencia basada en género contra las niñas, adolescentes y mujeres, y la promoción de los derechos sexuales y reproductivos. Nuestra convicción por la democratización del conocimiento, desde un enfoque feminista, nos impulsa a compartir nuestras experiencias y los saberes acumulados de mujeres profesionales, feministas y activistas que producen conocimiento en la organización. Elaboramos el **Boletín *Feminismo y Evidencia: Informar para Transformar***, con la plena conciencia de que, solo desde el conocimiento basado en evidencia tendremos herramientas para combatir la desigualdad, discriminación, misoginia y demás formas de violencias que nos atraviesan, y así promover una sociedad justa, democrática e igualitaria.

Séptima entrega: "A ti te queda mejor" Cuando la incompetencia se convierte en una estrategia de poder.

Introducción

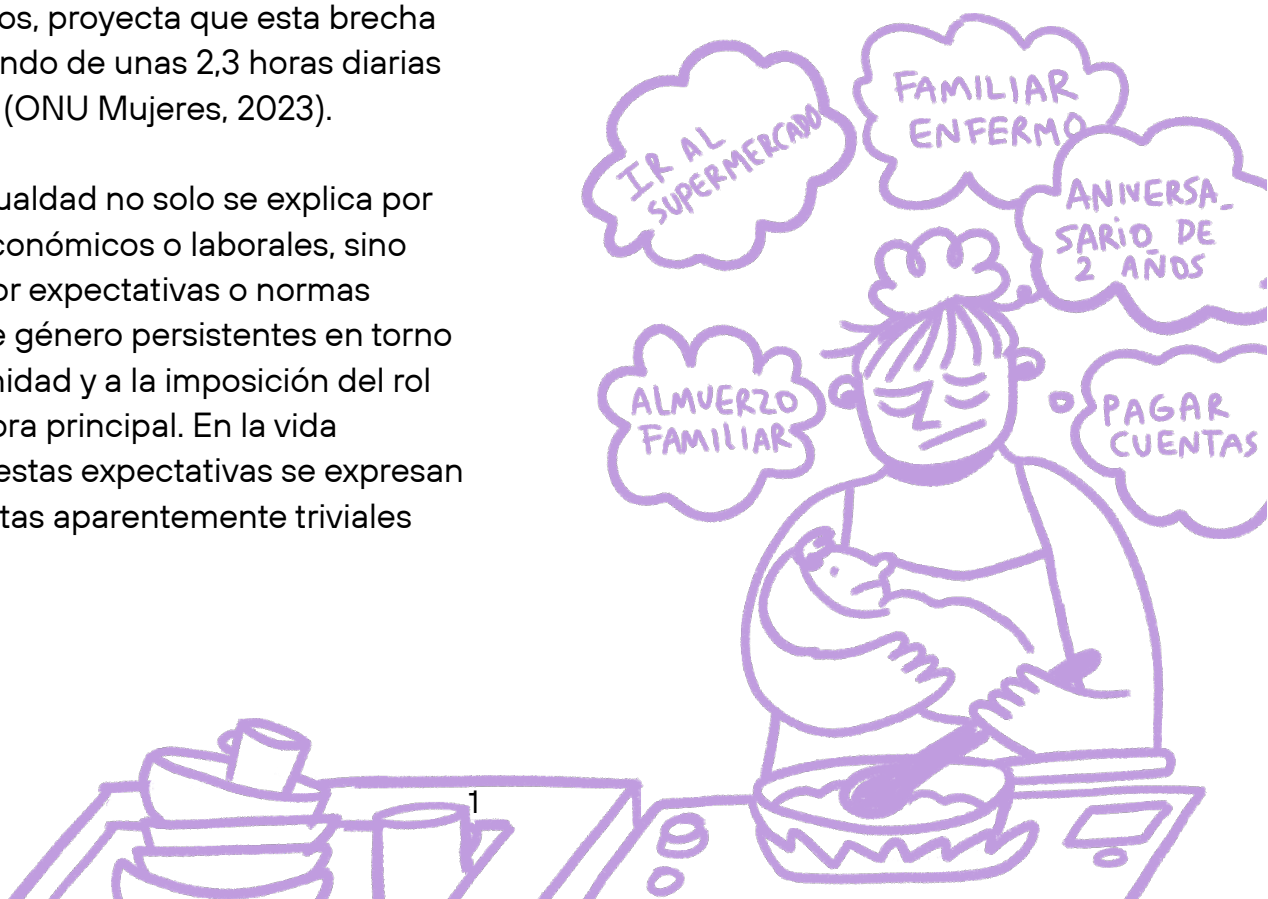
Muchas mujeres reconocen esta escena: piden a su pareja colaboración en casa y reciben respuestas como “Tú cocinas mejor”, “No sé dónde están los pañales del bebé” o “No sé cómo limpiarlo”. E incluso cuando ellos acceden a hacerlo, lo realizan con tan poco empeño que al final ellas terminan repitiendo la tarea y diciendo: “Para la próxima mejor lo hago yo, porque cuando lo haces tú es más trabajo”. Suena familiar, ¿verdad?

Estas situaciones no son vivencias aisladas ni anecdóticas. Durante siglos, las mujeres han cargado con la mayor parte de las responsabilidades domésticas y de cuidado: cuidar a los niños y familiares, preparar comidas y limpiar los hogares. A nivel global, dedican en promedio 2,8 horas más por día al trabajo no remunerado en comparación con los hombres. Una realidad que, sin cambios políticos significativos, proyecta que esta brecha seguirá siendo de unas 2,3 horas diarias para 2050 (ONU Mujeres, 2023).

Esta desigualdad no solo se explica por factores económicos o laborales, sino también por expectativas o normas sociales de género persistentes en torno a la maternidad y a la imposición del rol de cuidadora principal. En la vida cotidiana, estas expectativas se expresan en conductas aparentemente triviales

que, observadas con atención, revelan relaciones de poder desiguales, limitando la autonomía de las mujeres (González et al., 2022). Una de estas conductas es la llamada incompetencia armada o estratégica, que refiere cuando una persona, ante una tarea o responsabilidad demuestra ser incompetente, ya sea consciente e inconscientemente¹(Cleveland Clinic, 2024)

Considerando lo previamente mencionado, el propósito de este artículo es reflexionar sobre esta estrategia desde un enfoque histórico y de género, ya que reconocerla y cuestionarla es clave para visibilizar el trabajo de cuidado y avanzar hacia una distribución más equitativa y saludable.



Orígenes sociohistóricos de la desigualdad y la devaluación del cuidado

La incompetencia estratégica no puede entenderse como una conducta aislada, sino en el marco de procesos sociohistóricos que han asignado de manera desigual tareas de cuidado según el género. En sociedades donde esta división se considera aceptable, dicha estrategia encuentra un terreno fértil, lo que dificulta su identificación como una práctica que impone en las mujeres responsabilidades que afectan su autonomía y su proyecto de vida, más allá del cuidado a otros.

Las feministas han cuestionado desde hace décadas la idea de que la división sexual del trabajo sea natural o inevitable. Por el contrario, se trata de arreglos históricamente construidos que asignaron a los hombres a la esfera pública y a la vida política, mientras que asignaron a las mujeres al ámbito doméstico, es decir, la esfera privada (Bourdieu, 2001). Este proceso confinó el trabajo femenino al hogar y lo reinterpretó como expresión de su supuesta naturaleza, en lugar de reconocerlo como una construcción e imposición social (Hazarika & Das, 2021). Como argumenta Silvia Federici:



“No solo se ha impuesto el trabajo doméstico a las mujeres, sino que se lo ha transformado en un atributo natural de nuestro físico y personalidad femeninos, en una necesidad interna, una aspiración, supuestamente proveniente de lo más profundo de nuestro carácter femenino” (Federici, 1975).

Al mismo tiempo, las mismas sociedades que feminizan el cuidado enseñan a los hombres a relacionarse a través del desapego emocional y la independencia excesiva, lo que denominamos masculinidad hegemónica (Connell, 1995). Las tareas etiquetadas como "femeninas" suelen percibirse como emocionalmente agotadoras, carentes de respetabilidad e incluso amenazantes para la identidad masculina. Cuando los hombres dicen que no saben cambiar pañales, cocinar o incluso qué medicación necesita su hijo, no solo están evitando tareas domésticas: ***están reafirmando su posición de poder dentro de la relación.*** En palabras de Michael Kaufman (1994), el privilegio masculino a menudo incluye la capacidad de elegir no involucrarse, especialmente en tareas que requieren inversión emocional o relacional. Esto, por supuesto, no siempre es producto de un daño intencional, sino que refleja un modelo patriarcal de crianza y socialización.

Hoy el panorama ha cambiado, un número creciente de mujeres participa en la fuerza laboral, contribuyendo de manera significativa al bienestar económico de sus hogares y familias. Sin embargo, a medida que aumentan las horas de las mujeres en el trabajo remunerado, surge la pregunta: ¿Quién asume el esencial trabajo de cuidado? La respuesta, lamentablemente, no es ni sorprendente ni nueva: ***siguen siendo las mujeres.***

No hay nada "biológico" en que una mujer sepa cómo hornear un pastel de cumpleaños para una amiga o lavar una prenda delicada.

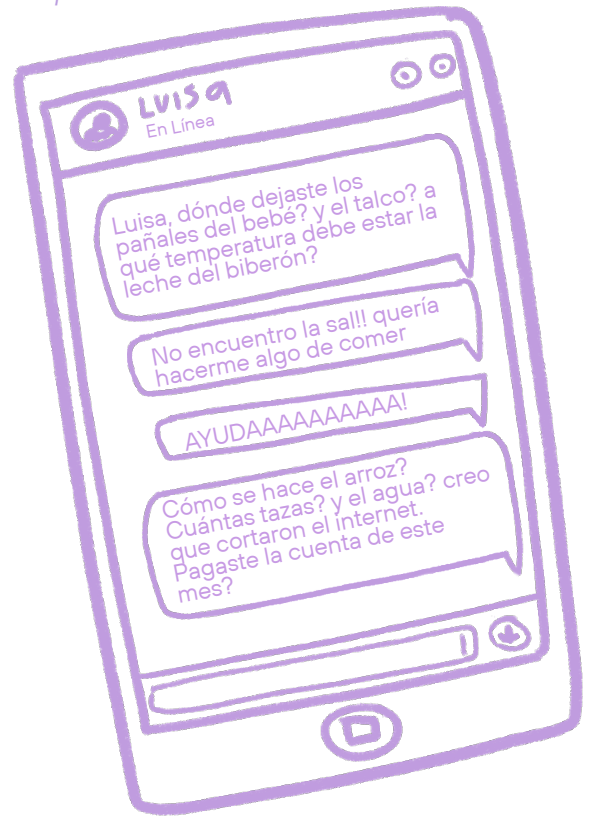
Por lo tanto, la incompetencia estratégica es funcional al sistema patriarcal que devalúa el cuidado al volverlo invisible y no remunerado. Sin embargo, esta desvalorización no es solo económica, sino también epistémica, ya que niega el reconocimiento del cuidado como una forma legítima de conocimiento encarnado y relacional (Carmona, 2023). En consecuencia, el cuidado se vuelve a la vez infravalorado y políticamente disputado, ya que quienes se niegan a participar en él se benefician de la desigualdad, mientras que quienes lo realizan cargan con sus costos personales, emocionales y sociales.

"En un contexto patriarcal, el cuidado es una ética femenina; en un contexto democrático, el cuidado es una ética humana" (Gilligan, 2013, p. 40)

La dimensión emocional del cuidado.

Es importante destacar que la devaluación del cuidado no se limita a las tareas físicas del hogar; también se extiende al ámbito emocional. En muchas relaciones, las mujeres asumen la responsabilidad de mantener los vínculos, mediar conflictos y sostener el bienestar afectivo de la pareja o la familia. Este trabajo emocional, constante e invisible, suele pasar desapercibido o recaer de manera desproporcionada sobre ellas.

Más que una "incapacidad" individual, esta dinámica responde a patrones de socialización de género que han promovido en los hombres el desapego emocional, la autosuficiencia y la evitación de la vulnerabilidad. Como resultado, algunos hombres pueden mostrar dificultades para identificar, expresar o gestionar sus emociones, lo que desplaza hacia las mujeres la tarea de interpretar estados de ánimo, resolver tensiones y mantener el equilibrio relacional (Ferrara, 2024). Al no involucrarse plenamente en esta dimensión, los hombres evitan parte de la carga mental y emocional, mientras que las mujeres asumen una sobre-responsabilidad que puede



traducirse en agotamiento y afectaciones a su salud psicológica.

El cuidado emocional implica conocimientos complejos, habilidades aprendidas y una ética relacional. Sin embargo, es considerado inferior, blando o irrelevante, y, por lo tanto, desestimado como "cosas de mujeres". Sin embargo, esta dinámica también tiene costos para los propios hombres. El distanciamiento emocional puede dificultar la construcción de intimidad genuina, la expresión de vulnerabilidad y el mantenimiento de relaciones significativas (Carmona, 2023). Así, mientras reproduce privilegios en la distribución del cuidado, también empobrece las posibilidades de conexión y bienestar emocional de quienes se benefician de ella.



Del reconocimiento a la corresponsabilidad

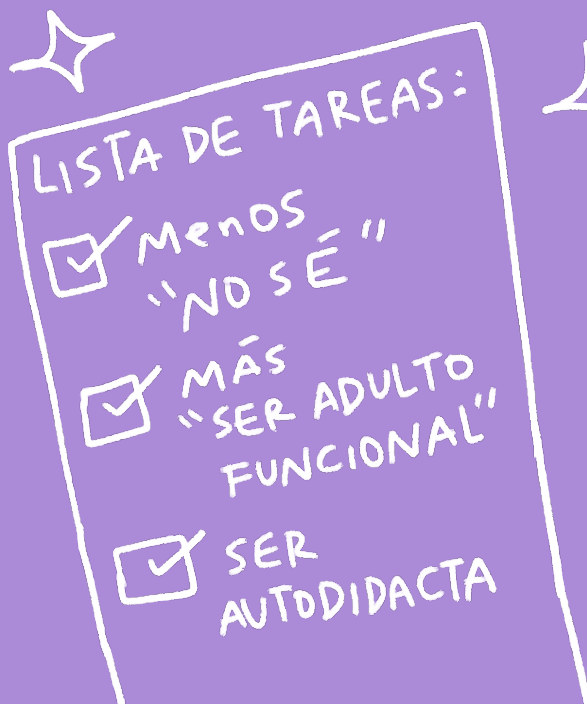
Identificar la incompetencia estratégica es el primer paso, pero no es suficiente. Debemos avanzar hacia una práctica de corresponsabilidad que desafíe las normas de género que lo sostienen. Esto implica nombrar el comportamiento, explicar por qué es problemático y establecer acuerdos claros sobre las tareas cotidianas. La corresponsabilidad no exige perfección, sino más bien disposición para aprender y un compromiso con el cuidado mutuo.

Herramientas como listas de tareas compartidas, calendarios rotativos o acuerdos explícitos pueden ser útiles. Pero más allá de la logística, el verdadero cambio requiere una transformación ética: comprender que el cuidado no es un asunto solo de mujeres, sino de todas y todos. No se trata de preguntar si sabe hacerlo, sino de si está dispuesto a aprender y asumir una parte justa del trabajo que sostiene la vida cotidiana. Asumir corresponsabilidad es elegir involucrarse, significa pasar de la evitación al compromiso, del "no sé" al "quiero aprender". Es reconocer que el cuidado no es una ayuda: es un trabajo colectivo y político que requiere intención, distribución justa y reconocimiento mutuo.



Conclusión

La desigual distribución del trabajo de cuidado según roles de género evidencia que la incompetencia armada o estratégica no es simple torpeza, sino un comportamiento que reproduce activamente la desigualdad al perpetuar dinámicas de poder que impone una responsabilidad excesiva en las mujeres. Reconocer estas prácticas permite cuestionar lo que se ha normalizado y pensar en formas más justas de compartir el cuidado. Cuando este trabajo no se visibiliza ni se valora, quienes lo realizan quedan sin reconocimiento social y político. Por lo tanto, identificar esta estrategia en la vida cotidiana es clave para avanzar hacia una igualdad de género. Al fin y al cabo, un "no sé" nunca debería convertirse en una excusa permanente.



Referencias:

- Carmona Gallego, D. (2023). Masculinidades y ética del cuidado. *Polisemia*, 19 (36), 04-20. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.19.36.2023.04-20>
- Cleveland Clinic. (2024). How weaponized incompetence can hurt your relationships. Cleveland Clinic. <https://health.clevelandclinic.org/weaponized-incompetence>
- Comas d'Argemir, D. (2000). Mujeres, familia y estado del bienestar. In del Valle, T. (ed.) *Perspectivas feministas desde la antropología social*. Barcelona: Ariel (pp. 187-204).
- Federici, S. (1975). *Wages against Housework*. Bristol: Falling Wall Press [for] the Power of Women Collective.
- Ferrara, A. P., & Vergara, D. P. (2024). Theorizing mankeeping: The male friendship recession and women's associated labor as a structural component of gender inequality. *Psychology of Men & Masculinities*, 25(4), 391-401. <https://doi.org/10.1037/men0000494>
- Gilligan, C. (2013). La resistencia a la injusticia: una ética feminista del cuidado". En *La ética del cuidado* (pp. 40-67). Cuadernos de la Fundació Víctor Grífols i Lucas.
- González, I., Seo, B., & Floro, M. S. (2022). Gender Wage Gap, Gender Norms, and Long-Term Care: A Theoretical Framework. *Feminist Economics*, 28(3), 84-113. <https://doi.org/10.1080/13545701.2022.2081353>
- Himmelweit, S. (2004). La economía de la atención. En *VVAA. SARE.2003. Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. (pp. 109-164). Vitoria-Gasteiz: Emakunde-Fondo Social Europeo.
- Hazarika O. & S. Das (2021). Paid and unpaid work during the Covid-19 pandemic: a study of the gendered division of domestic responsibilities during lockdown, *Journal of Gender Studies*, 30:4, 429-439, DOI: 10.1080/09589236.2020.1863202
- Hochschild, A., & Machung, A. (2012). *The Second Shift: Working Families and the Revolution at Home*. Penguin.
- Izquierdo, M.. J. (2004). Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: hacia una política democrática del cuidado. In *Cuidar cuesta: Costes y beneficios del cuidado*, Congreso Internacional SARE 2003: 119-154, Vitoria-Gasteiz: Emakunde, Instituto Vasco de la Mujer.
- Kaufman, M. (1994). Contradictory Experiences of Power. *Theorizing masculinities*, 5, 142.
- Prattler (2024). Spring, The Wonderland Issue. Pratt Institute Archives, Pratt Institute Library Brooklyn, New York, United States. Pratt Institute Libraries Digital Collections.
- UN Women (2023). Forecasting time spent in unpaid care and domestic work: Technical brief. UN Women Data Hub. Retrieved from <https://www.unwomen.org/sites/default/files/2023-10/technical-brief-forecasting-time-spent-in-unpaid-care-and-domestic-work-en.pdf>